

Carta del Larzac

Pierre-Noël Giraud

El Larzac es una meseta calcárea del sur de Francia. La tierra es pobre, el clima árido, se da la cría de borregos. En los años setenta, fue un lugar privilegiado de la agonizante izquierda radical. El Estado, en efecto, se proponía instalar ahí un campo militar contra la voluntad de los campesinos de la región. Contaron con el apoyo de miles de militantes que ocuparon la meseta. Aunque sumida en el reflujó del movimiento contestario de los años sesenta, esta lucha fue sin embargo victoriosa. En el tránsito, algunos ciudadanos se instalaron ahí y se dedicaron a criar borregos. Fue el caso de José Bové. Este personaje, a pesar de haber fundado un sindicato campesino muy minoritario, pasó inadvertido del gran público durante veinticinco años.

De pronto, el año pasado alcanzó una estatura nacional, inclusive internacional. Su golpe maestro fue este: destrozar un restaurante Macdonald's —en construcción— de un pueblo cercano, convirtiéndose así en el estandarte de la gran lucha de los pequeños campesinos enamorados de los productos tradicionales en contra de la “comida chatarra” norteamericana. Fue este estandarte el que después blandió en Seattle: ahí la televisión francesa dio con frecuencia la impresión de que Bové, con la boina vasca bien atornillada en la cabeza y el bigote hirsuto, había detenido él solo la ofensiva bárbara de la globalización, como Bonaparte en el puente de Arcole.

En lo personal, el personaje y su demagogia “franchute” me son sumamente antipáticos. Pero debo reconocer que su éxito mediático es señal de una revuelta que se gesta en Francia y en otras partes contra la globalización y los discursos pretendidamente científicos que la justifican. Otra señal es el éxito

sorprendente de la asociación ATTAC, que impulsó el periódico *Le Monde Diplomatique*. En unos cuantos meses, de un puñado de seguidores tuvo más de 20,000, muy bien conectados por Internet, que van multiplicando las iniciativas, incluyendo las internacionales.

Para muchos, y en especial para las múltiples ONG que se manifestaron ahí, la victoria de Seattle contra la Organización Mundial del Comercio significa un nuevo giro, pero es una victoria muy ambigua. Más que un frenazo a favor de las ONG, puede interpretarse así: que la AFL-CIO, de por sí inmersa en la campaña electoral estadounidense, presionó fuertemente a Clinton y a los negociadores norteamericanos para que le dieran prioridad a las “cláusulas sociales” en las negociaciones comerciales, añadiéndoles, para atraer a los ecologistas, las “cláusulas medioambientales”. Los países del Sur, encabezados por la India, y en ausencia de la República China que no es miembro de la OMC, se niegan rotundamente a este tipo de cláusulas: ven en ellas una argucia proteccionista de los países ricos. En cambio numerosas ONG las aceptan, incluyendo la de José Bové y ATTAC. La coalición que bloqueó la OMC es a todas luces heterogénea, por decir lo menos; la pregunta de quién, de las ONG y de los países del Sur, salió ganando sigue sin respuesta.

De nada sirve no obstante menospreciar la importancia del suceso en nombre de la desunión del “frente del rechazo”. Lo demuestra el hecho que, después de Seattle, ya fuera en Davos o en Bangkok durante la reunión de la CNUCED, todo mundo se dedicó a decir que había que “humanizar” la globalización. Dejaron de tolerarse los discursos condescendientes que tildan de analfabetos a quienes se atreven a oponerse a la globalización o a cuestionar sus efectos reales, discursos basados en que la teoría económica y la historia demostrarán ampliamente que el libre cambio termina siempre por beneficiar a todos, lo que para empezar es falso. Ni la teoría económica ni la historia lo demuestran. Pero aún, se vuelve cada vez más obvio que la globalización engendró ganadores, pero también perdedores, y ningún mecanismo automático garantiza que los perdedores lo serán de momento y que algún día se beneficiarán. Queda claro que para un país emergente, la apertura de las fronteras brinda una oportunidad de crecimiento y de recuperación más rápida, siempre y cuando se aproveche. Pero, aún así, no puede obviarse que siempre va acom-

pañada de un crecimiento de las desigualdades internas. Este fenómeno ocurre también en los países ricos, donde se manifiesta bajo la forma de un notorio desempleo, como en Europa continental, o bajo la forma de una marcada desigualdad de los ingresos, como en Estados Unidos o en Gran Bretaña, o bajo ambas formas a la vez. En otras palabras, la globalización es sin duda uno de los factores que en promedio le brinda, a los países emergentes la oportunidad de salir del Tercer Mundo, lo que es algo bueno. Pero sólo en promedio, mientras que el Tercer Mundo subsiste y lo que es más, crece en su interior. En cuanto a los países ricos, una parte importante de la sociedad se “tercermundiza” y las clases medias, pilares del crecimiento auto centrado de la posguerra, se adelgazan.

¿Cómo atacar los efectos desiguales de la globalización (agravamiento de las desigualdades internas dentro de cada territorio), y a la vez preservar sus efectos igualitarios (la reducción de las desigualdades promedio entre territorios)? He ahí lo que está en juego. El debate sobre este punto, en el “frente del rechazo” de Seattle, es confuso. Muchos creen que se debe actuar al nivel de las relaciones entre Estados: cláusulas sociales, medioambientales, imposición de los movimientos de capital (impuesto “Tobin”), etc.

Sin negar que algunos progresos se lograrían sobre ese plano, la responsabilidad esencial —así lo considero— recae en cada Estado y concierne a su política interna. Ellos deben hallar la manera de captar una parte del exceso de riqueza del que se benefician los ganadores —sin menoscabar su competitividad— para transferirla a los perdedores. Una globalización más “justa” exige Estados más fuertes y no más débiles, como lo desearían los liberales, pero nuestros Estados no actuarán mientras no se les incite con todo vigor. Espontáneamente, se colocan del lado de los ganadores, de los “competitivos” de la globalización. He ahí donde las ONG pueden desempeñar un papel. Ardua tarea. Desde luego la principal en la esfera económica y política de los próximos decenios. Y por primera vez en la historia del mundo, reclama un verdadero debate mundial. 

Bill Clinton en la India:

resultados de su viaje

Varun Sahni

En la última semana de marzo, Bill Clinton visitó el Sur de Asia. Oficialmente, el viaje incluyó otros países además de la India, ya que pasó por Bangladesh y, brevemente, por Pakistán. De cualquier forma, su visita a la India fue la más significativa, ya que era la primera vez que un presidente estadounidense viajaba a ese país en veintidós años. A nivel personal, para Clinton fue un triunfo. Es muy raro que un jefe de Estado sea recibido con tanta calidez, como lo hizo India con Clinton. Desde las mujeres aldeanas a los grandes hombres de la industria del software y los líderes políticos, no hubo grupos de la sociedad india que no sucumbiera al encanto de Clinton. A dos años de las pruebas nucleares indias, el mensaje de los Estados Unidos fue fuerte y claro: a partir de ahora, la política norteamericana será la de “interactuar” con India en una gran diversidad de asuntos, en lugar de “aislarla”. A pesar de que persisten diferencias de opinión y, en menor medida, la desconfianza. Para ello, evidentemente, la relación entre las dos democracias más grandes del mundo deberán superar los momentos de tirantez.

El reciente interés de Norteamérica por la India, después de años de rechazo, debe ser explicado. ¿Está ligado, como lo han sugerido algunos estudiosos, a la preocupación por la nuclearización de la India y Pakistán, a la idea que el Sur de Asia es la zona “más peligrosa del mundo”? ¿O es quizá el enorme potencial que éste gran mercado tiene para las exportaciones americanas? ¿Será acaso la importante presencia de la India en la tecnología informática? ¿Estará relacionada con la diáspora de millones de indios que viven en los Estados

Unidos, que además de ser el grupo étnico más rico de la sociedad norteamericana es ahora mucho más participativo que antes en política? ¿Tiene acaso, algo que ver con el nuevo respeto hacia la democracia en India? ¿Hasta qué punto está relacionado con el fin de equilibrar a China, la cual es vista por muchos analistas norteamericanos como una potencia rival para los EUA en el próximo siglo? ¿Finalmente, acaso dice algo sobre el nuevo Weltanschauung norteamericana después de la guerra fría?

Se han hecho diversos intentos por definir la gran estrategia de los Estados Unidos de la postguerra fría. Algunos estudiosos sugieren que la política de los Estados Unidos es la de continuar enfocando su atención hacia otras grandes potencias, “sus clientes especiales”, y algunos estados “renegados” (“rogue states”); de cualquier forma tendrá que identificar a esas naciones en desarrollo como importantes para sus intereses. Así, India aparece en la lista de nueve “estados pivotes” (“pivotal states”), que también incluye a Argelia, Brasil, Egipto, Indonesia, México, Pakistán, Sudáfrica y Turquía. Un estado pivote está definido por su capacidad de afectar la estabilidad regional e internacional. Con la posibilidad de que a futuro alcancen el éxito o el fracaso, estos “estados pivotes” son importantes para los Estados Unidos por el significativo efecto positivo o negativo que pudieran tener en sus propias regiones.

Otra idea que ha ganado gran importancia durante los años de Clinton, es la perspectiva del “gran mercado emergente”. India es considerada como una de éstos, los otros son México, Brasil, Argentina, China, Indonesia, Corea del Sur, Polonia, Turquía y Sudáfrica. Eso cambia “el rostro de la política y la economía global”. Estos países tienen gran significancia para los intereses norteamericanos porque “una apertura económica y política simultánea” en ellos incide directamente en la creación de “una sociedad democrática-capitalista global”. De esta forma, el futuro recae en estos países; ellos son “la nueva frontera económica”. Es en ellos, más que en Europa o Japón, donde se encuentra “la dinámica de mundo”. Su importancia para los Estados Unidos es por sí misma evidente.

Las dos perspectivas mencionadas arriba son sin duda interesantes, pero quizá no explican la realidad. Haciendo todo ello a un lado —democracia, mercados, armamentos nucleares, indio-americanos, ciberpoder— la India es im-

portante para los Estados Unidos porque representa un “estado en transición” (“transition state”).

¿Qué es un estado en transición? En un intento para dar sentido a la política internacional después de la guerra fría, los Estados Unidos dividen al mundo en cuatro categorías. Los socios en el coro democrático (“core partners”) de los Estados Unidos constituidos por las “democracias exitosas”, tienen menos de la quinta parte de la población mundial y disfrutan de cuatro- quintas partes de la capacidad económica global. Los “estados en transición”, son los que cuentan con la mayor parte de la población del mundo y determinarán el modo en que este coro democrático crecerá y si el futuro para los Estados Unidos será más o menos seguro. Los “estados renegados” se oponen a los valores e intereses del coro democrático y están especialmente dedicados en adquirir armas de destrucción masiva, así como otras tecnologías bélicas. Los “estados colapsados” (“failing states”), aún cuando son relativamente pocos y pequeños, podrían presentar grandes demandas humanitarias al coro democrático.

Continuando con lo anterior, los cuatro intereses clave de los Estados Unidos son los de rediseñar las alianzas dentro del coro en relaciones más equilibradas, impulsar la reforma e integración de los estados en transición al coro, debilitar o cooptar a los renegados, y reducir los efectos, incidencias y causas del colapso de los estados. China, Rusia y la India son vistos como estados en transición que poseen, en teoría, los recursos y la autonomía suficiente para convertirse en adversarios del coro democrático. Sin embargo, la India, como una democracia, a diferencia de China o Rusia, es muy probable que se mantenga en buenos términos con el coro democrático aún cuando ésta emergiera como un poder más grande.

El énfasis en la democracia de esta nueva Weltanschauung, particularmente sorprendente, nos lleva a preguntarnos acerca de ¿cuál es exactamente el criterio para ser miembro del coro democrático? ¿Cómo un estado que sin dudas es democrático pero que no es socio de los Estados Unidos, puede llegar a ser visto como un miembro del coro democrático, o bien será solamente visto como un “estado en transición”? ¿El ser miembro del coro democrático implica, necesariamente, no sólo tener políticas democráticas, sino también contar con una economía capitalista avanzada? En otras palabras ¿es un estado en de-

sarrollo, por definición, un “estado en transición”? Finalmente, existe por casualidad un criterio cultural —“West Best, East Beast”—para ser socio del “coro democrático”?

Muchos analistas indios se sintieron decepcionados cuando la visita del presidente Clinton no condujo a los dos países hacia una “sociedad estratégica”. Desde la perspectiva india, las amenazas más claras continúan siendo Pakistán y China. Es muy significativo que Clinton no pronunció ni una vez la palabra “China” mientras permaneció en la India. Y a pesar de todas las declaraciones que hizo apreciando la democracia india, Clinton concluyó su viaje por Asia Meridional con una breve visita de trabajo a Pakistán, evidenciando de que los Estados Unidos continuarán su relación con las dictaduras militares en Islamabad.

De cualquier forma, si sostenemos el concepto de “estado en transición”, esta política norteamericana no nos debería de sorprender. India, China y Pakistán, son vistos todos como estados en transición que Estados Unidos tienen que seducir. Desde el punto de vista norteamericano, India debe ser impulsada para que mantenga su política democrática y reformar su sistema económico, China debe ser empujada hacia una política de mayor apertura mientras que debe evitarse que Pakistán caiga en manos de los radicales islámicos. A fin de expandir el coro democrático, los Estados Unidos deben relacionarse con los tres países: de modo que India abra su economía, China abra su política y Pakistán no se colapse ni se vea renegada. No vincularse con estos países tendría un costo enorme para los Estados Unidos. Ya que China podría surgir como su rival global más importante, Pakistán podría convertirse en el punto focal de la militancia islámica y la India podría simplemente retirarse del “coro democrático” y unirse a una alianza anti-occidente de los estados asiáticos.

¿Qué implicaciones tiene este análisis para el futuro de la India y su relación con Pakistán? La relación India-Pakistán se mantiene como una rivalidad persistente, con imágenes mutuas de enemistad y cálculos de suma cero. En la creación de su historia dividida, la disputa geográfica y la diferencia ideológica han demostrado que tienen más peso que los antecedentes sociológicos y las similitudes económicas. Esto, de cualquier forma es muy poco probable

que cambie en un futuro próximo. Los Estados Unidos continuarán manteniendo relaciones muy cercanas con Pakistán, a menos que éste se colapse o se torne un estado renegado. Esto último significaría que el estado pakistaní sería tomado por las fuerzas islámicas anti-norteamericanas. Ambos escenarios son muy poco probables. La India no lograría separar a los Estados Unidos y Pakistán, no importa cuánto se empeñase en ello.

¿Qué hay de las relaciones de India con China? China se encuentra ubicada en el corazón de Asia y se mantiene como el país más importante en la política exterior india. Esta realidad será mucho más importante en 30 años cuando China se haya convertido en la única y mas grande potencia económica y, en cuando menos, la segunda potencia militar del mundo. A menos que China sucumba al peso de sus contradicciones internas, negociar y tratar con el poderío Chino será el mayor de los retos que enfrentará la política exterior de la India en los años venideros. La tentación por llegar a un acuerdo con Estados Unidos estará presente siempre, pero es una empresa a la que deberá resistirse por el mayor tiempo posible. Se está muy lejos de poder asegurar hacia cual lado de la división China-Estados Unidos caerán los intereses indios a largo plazo. Dos ejes se sugieren en este contexto. El primero, que atravesaría Teherán-Nueva Delhi-Kuala Lumpur-Beijing, podría formar los valores asiáticos y declararse en contra del oeste. El otro, daría cuerpo a la idea de una “trinidad de seguridad” en Asia que agruparía a China, India y Japón, en forma de un directorio asiático. Si China se volviera muy poderosa y difícil de acomodar, otro eje podría surgir para contenerla, y comería por Washington-Nueva Delhi-Jakarta-Hanoi-Tokyo. Una ruta alterna para contener el poderío chino, sería a través de un arreglo de seguridad regional. Obviamente, entre más poderosa fuera India, menos sería la posibilidad de verse sumergida en un enfrentamiento chino-estadounidense.

Finalmente, ¿qué implica esto para las relaciones indio-norteamericanas? Hay dos escenarios posibles y ambos sugieren que en el largo plazo no hay conflicto de interés entre los dos países. El primer escenario supone en el futuro a los Estados Unidos y la India como socios estratégicos. Con el objeto de crear un ambiente estratégico ventajoso, los Estados Unidos tendrían que inducir a la India para que se una al coro democrático como aliado y socio. El

segundo escenario ve la India como un gran estado democrático que quizá no se una al líder del coro democrático pero que no se oponga a los intereses norteamericanos. Aún en el caso que las capacidades de la India aumentaran sustancialmente en los años venideros, ésta parecería en los radares del Pentágono como aliado o amigo neutral.

De ahí que uno de los puntos más fuertes de la India, tanto externo como interno, es su sistema democrático. La personalidad democrática india actúa en forma de póliza de seguro: ante el crecimiento de su poderío, los Estados Unidos y otras potencias democráticas se sentirán tranquilos sobre las intenciones indias. Es sabido que ambos países comparten diversos intereses, independientemente de si están en una alianza formal o en una relación de sociedad. Cabe hacer notar que esta relación de amistad depende que la India se mantenga fiel a sus raíces liberales. Por último, si la India se mantiene como una potencia militar y liberal, es probable que sea tratada, por los Estados Unidos y otras potencias democráticas, como una de ellas. 